

## LA FIGURA DE LA SEMANA

## LUCÍA RODRÍGUEZ OLAY

Docente, nominada al prestigioso premio internacional "Global Teacher Prize"

## La profesora que hace bailar a la Inmaculada

Sus clases de Lengua y Literatura son una inspiración en el centro: igual enseña con música que con programas de TV

Ignacio PELÁEZ

San Ignacio de Loyola dejó dicho que la rama educativa de la Compañía de Jesús debía tener como objetivo que cuando los alumnos volviesen a casa no sólo volviesen más doctos sino que convertidos en mejores personas. El fundador de los jesuitas pensaba, entre otros muchos, en Lucía Rodríguez Olay (Gijón, 1974) a quien sus alumnos, compañeros y familias han promovido a su nominación al prestigioso premio internacional "Global Teacher Prize", casi tanto como el Nobel de la enseñanza, dotado con un millón de dólares para el docente más especial del mundo. Esto supone que esta profesora de Lengua y Literatura en el colegio de la Inmaculada empiece el curso con una doble motivación pues también está postulada al Premio ABANCA como Mejor Docente de España 2017, igualmente a instancias de sus excolegiales.

Quienes conocen a Lucía Rodríguez Olay confirman que necesitaría días de 30 horas. Y aún así se le quedarían cortos. Sus deseos de aprendizaje continuo y

formación constante se funden con una gran actividad y una mente abierta siempre a emprender nuevos proyectos y organización de eventos. Es una entusiasta de la educación, una vocación elevada a la enésima potencia. Disfruta de cada clase y, como ella misma dice, ve el aula como un refugio, "un sitio agradable" donde siente "pasión por transmitir mi vocación a mis alumnos".

Así lleva 19 años de docencia, inasequible al desaliento y renovándose cada día para ofrecer lo mejor a sus pupilos. Con estos ingredientes sus alumnos no sólo salen sabiendo de sintaxis o de lírica y narrativa, también adquieren armas para enfrentarse al futuro. Enseñar las figuras literarias con canciones para jóvenes ya dice mucho de ella.

Sus compañeros de claustro atestiguan que tiene un don para motivar a sus alumnos, aunque también se lo curra a diario. Siempre está innovando, buscando nuevas maneras de que los chicos aprendan pues tiene meridianamente claro que no se pue-



de educar como hacía años. Su sapiencia en metacognición, su título de experta en coaching educativo y en inteligencia emocional lo pone al servicio de sus protegidos. Y esas dotes hacen emanar el interés por la Lengua y la Literatura. Lo saben sus colegas, lo perciben las familias y lo disfrutan "sus clientes". Tal es su confianza que recientemente fue nombrada coordinadora del equipo de "Pedagogía ignaciana e innovación" de los colegios de la Compañía de Jesús de la zona Centro Noroeste, que incluye Asturias, Galicia, Castilla y León y Madrid. "Educar es volver a aprender" es la frase que mejor define a esta profesora que da todo lo que tiene, comprensión y empatía incluidas, a los alumnos.

Es de letras puras "por convicción y vocación". Lucía Rodríguez Olay se licenció en Filología hispánica por la Universidad de Oviedo, adonde ha vuelto como profesora asociada, a la facul-

tad de Magisterio, para ponerse al frente de la asignatura "Didáctica de la lengua". Antonio Gala fue siempre su pasión aunque poco a poco ha ido desencantándose y optando por textos más modernos. Ahora le tiran firmas como Almudena Grandes o García Montero.

Disfrutó en tercero de carrera de una beca Erasmus que la llevó a Italia, un país que la tiene enamorada, pero de la Italia del sur, de Roma para abajo, "la esencia misma italiana", sostiene siempre. Después de varias décadas mantiene intactas las relaciones con los amigos que allí encontró, en L'Aquila, la ciudad del Abruzzo, la que padeció el terremoto. Por ello sabe italiano pero también francés e inglés. Además de leer y estudiar a Lucía le encantan los idiomas y viajar.

Desde joven escuchó la llamada de la enseñanza y comenzó a dar sus pasos en el colegio Nazaret, en Oviedo. Pero pronto vol-

vió a casa y sólo un año después, en 2000, ingresó en el colegio Inmaculada de Gijón, del que es antigua alumna. Cosecha del 92. Fue directora de Secundaria durante más de un lustro e impulsora de la creación de los "Encuentros de las Artes y las Ciencias", una actividad pionera y bianual cargada de conferencias y charlas sobre arte, música y cultura, entre otros temas, y un diario "Avuelapluma" diario durante la semana de actividades, escrito por los colegiales. Pero no sólo protagoniza buenos momentos en el aula y en lo académico. A ella también le gusta la jarana y siempre lo da todo en las fiestas colegiales, tanto ayudando a sus alumnos a crear la coreografía como bailando. Su dueto con Carlos Baute disfrazada de Marta Sánchez tardará en borrarse de la historia de la "Cancha roja".

Sus bailes y cánticos en las fiestas de la Inmaculada es prueba inequívoca de que Lucía Rodríguez, también es perita grafóloga, tiene vida más allá de los libros y exámenes. La comparte desde hace más de veinte años con su marido Roberto Huerta. Junto a él impulso "Verbum consulting", una plataforma enfocada a formar profesionales en el ámbito de la palabra. Irene y Juan, sus hijos, son su mayor tesoro. También sus amigos, de los que le gusta rodearse y por eso no es raro que en su casa se improvisen y organicen fiestas o saraos de todo tipo.

Tiene una fuerza de voluntad encomiable. Incluso, para romper barreras con sus alumnos, padece programas como "Hombres y mujeres y viceversa" o "Gran Hermano" porque sus chicos los ven y hacen alusiones a ello en sus clases. Así se asegura estar cerca de la perspectiva de adolescentes de entre 15 y 18 años. "Quisiera creer que a quien pasa por mi clase, de alguna manera, le dejo un buen recuerdo y que, cuando pasa el tiempo, se acuerden de las clases", comentó un día Lucía. Eso para ella vale más que cualquier premio. Y de verdad que se nota.

### Tormenta de ideas

## Don maestro

Homenaje a quienes lidian contra pequeños tiranos, sus padres y el sistema

Isabel Menéndez Benavente  
Psicóloga



Ha sido el día del maestro. Adoro esa palabra: maestro. Mucho más que profesor. Un maestro era alguien a quien se le tenía un respeto... En los pueblos era importante; era padre, educador, psicólogo, y se conocía a cada uno de los niños, a sus padres, a sus abuelos... Era el amigo al que encontrabas en los bares echando la partida, la autoridad a la que to-

do el mundo escuchaba porque había estudiado para regalar a manos llenas, por un sueldo miserable, su sabiduría a los demás. Era feliz cuando veía que alguno de sus alumnos llegaba lejos, cuando se iban a estudiar a la capital, cuando volvían y le llamaban para agradecerle sus esfuerzos. Era "don maestro". Cuántas cosas han cambiado. Ahora es "oye, tú".

Antes, aunque estuviera mal pagado, tenía el respeto de toda la comunidad, de los niños y los adultos. Ahora eso se ha perdido. Es una profesión muy infravalor-

ada para tener que enfrentarse cada día a unos cuantos niños que no saben lo que es la educación ni el respeto, porque sus padres no se lo han enseñado. Porque no sólo tiene que lidiar con pequeños tiranos, sino también con los que les han dado la vida, que suelen ponerse de parte del pequeño dictador, porque toda la culpa seguro que la tiene el profesor, que le tiene manía.

Claro que hay profesores que no deberían serlo, pero tengo que reconocer que los hay maravillosos. Hay profes, muchos, que se han imaginado siempre así, dando

clase, echando una mano a los que más lo necesitan, tratando en estos tiempos de cólera de paliar los desaguisados que los mayores estamos haciendo con ellos. Y están cansados, porque tienen que estarlo. Porque ya no son los buenos maestros, ahora son los que suspenden a mi niño, los que tienen que hacer casi una instancia al ministro para poder echar a un niño de clase, porque hay que respetar sus derechos. Son esos que no pueden abrirle una mochila a un niño aunque te hayan dicho que lleva una navaja, porque estás invadiendo su intimidad... Los que tienen que aguantar continuos insultos, ataques de todo tipo, mientras esta porquería de Estado los entierra en una montaña de papeles que la burocracia impone, obligándoles muchas veces a no poder atender como se debe a esos niños que piden a gritos un

poco de ayuda, de autoridad, de límites, de refuerzo positivo, pero también negativo, para que vayan aprendiendo que en la vida los actos tienen consecuencias.

Ellos, los maestros de toda la vida, siguen estando ahí, lo que pasa es que están atados de pies y manos. Están luchando por aprenderse las nuevas leyes con cada cambio de gobierno, rellenando papeles que se pierden en algún rincón de cualquier consejería de esta España que está cada vez más en crisis de unos valores que nadie puede ya transmitir. Siguen teniendo sueldos miserables para lo que tienen en sus manos: la vida de nuestros hijos, su futuro: su éxito o su fracaso. Así que déjenme que desde aquí yo les haga mi modesto homenaje a todos esos que, como yo, han decidido dedicar su vida a los demás, a nuestros hijos, a mi nieta. Benditos sean.